

bien de él, hubieron de emplear restos de fortunas proconulares, ó las dádivas del mismo príncipe, en embellecer la ciudad. Mecenas saneó las Esquilias y edificó un magnífico palacio rodeado de bellísimos jardines; y cuando el emperador añadió allí una basílica con espaciosas galerías, este sitio, destinado antes al suplicio é inhumación de los esclavos, vino á ser uno de los mejores paseos de Roma. Pilipo edificó templos al Hércules de las Musas; Cornificio á Diana, Planco á Saturno. Balbo construyó un teatro, cuyas ruinas formaron por sí solas el llamado *monte Cenci*; Tauró, un anfiteatro, que acaso se encontraría bajo el *monte Giordano*; Polión, el *Atrium Libertatis*, y en el valle que descende del Quirinal al Pincio, hizo Salustio sus famosos jardines. Quisiéramos poder describir el teatro de Marcelo, que con sus tres órdenes sobrepuestos y en lo alto su pórtico con columnatas, debió haber sido en su tiempo uno de los monumentos más notables de Roma.

El Panteón de Agripa á lo menos subsiste íntegro. En su interior, este templo circular, admira por la audacia de su bóveda, la más vasta que haya en el mundo y que parece reposar en el suelo, como en los extremos del horizonte sensible parece reposar en la tierra la bóveda del cielo (1). En su vértice se abre un orificio de 27 pies de diámetro; de manera que la enorme masa parece sostenerse por un milagro de equilibrio, y el templo entero no recibe más luz que la que descende por esta abertura. Agripa se propuso con toda evidencia que el primer monumento de la nueva Roma fuera un símbolo del universo, cuya mejor parte ocupaba el imperio de Augusto (2).

El ojo único de esta bóveda de piedra está á tal elevación, que á pesar de su abertura de 27 pies de diámetro, no cambia la temperatura. «Los más violentos huracanes apenas envían un soplo de aire sobre la cabeza del que se pone bajo su órbita, y cuando sobreviene un aguacero, se ve caer la lluvia verticalmente sobre el pavimento de la rotunda trazando un círculo de humedad. El cilindro de gotas que caen de tal elevación á través del vacío del monumento hace sentir la inmensidad de este vacío. En semejantes concepciones, es el romano verdaderamente grande.»

Por desgracia, la ornamentación debilitaba con la multiplicidad de los detalles la impresión del conjunto. Tal era la cantidad de bronce que allí había que el papa Urbano VIII, después del que ya se había quitado, pudo tomar aún para fundir muchos cañones y el inmenso baldaquino de San Pedro. Pero hay que confesar que esta alegoría de piedra, majestuosa en su interior, parece por fuera chata y pesada. Con mucha razón se ha dicho: «Una cúpula, mirada por fuera, oculta al girar parte de su extensión, porque en vez de desarrollarse, se envuelve y se recoge: realmente no se ve más que su diámetro. Y ¡cosa extraña! un templo rectangular, como el de Pesto, se agranda por sus líneas; al contrario, una cúpula se achica por las suyas: por manera que los dos monumentos nos engañan en sentido inverso, el uno ocultándonos su pequeñez, el otro su grandor.»

Tampoco había sido acertado el emplazamiento, cerca del antiguo pantano de la Cabra, sitio donde asesinado Rómulo pasó á ser dios. La tradición comprometía á tomar este rincón del Campo de Marte, donde se encontraba ya otra construcción embarazosa, las Termas de Agripa, que lindaban con el Panteón. Los griegos no lo hubieran situa-

(1) La bóveda no descansa en el suelo, sino en un *podium* ó muro circular de 22,50 met. de altura.

(2) ... *Illa incluta Roma Imperium terris, animos æquabit Olympo.*

(Virg. *Æneid.* VI, 781).

do ciertamente allí, porque sabían que los monumentos valen mucho por el sitio en que se levantan ó el lugar que los encuadra; pero Agripa, el menos griego de los romanos (3), pretendía sacar el efecto monumental de la potencia de las masas, más bien que de la elegancia de las proporciones y de la conveniencia de los alrededores.

Encontrábase esta forma circular en el mausoleo de Cecilia Metela, en el de Augusto, gruesa torre piramidal revestida de mármol blanco y tan alta como amplia era en su base (100 metros), pero dividida en tres pisos por gradas ó escalones plantados de cipreses. En la cúspide, la estatua de Augusto dominaba una capilla en que se hallaba la urna que debía contener las cenizas del emperador. El conquistador de Egipto había querido sin duda prepararse un sepulcro que recordara los reales monumentos funerarios de Menfis; á menos que su arquitecto no hubiera tomado la idea de su obra á las mismas puertas de Roma, en el *Capo di Bove*, de que en la Edad media se hizo tan fácilmente una fortaleza (4).

Después de todas estas construcciones se jactaba Augusto de dejar de mármol una ciudad que había encontrado de ladrillos. El elogio es merecido. Augusto dejó ciertamente mucho mármol en Roma; pero ¿pusieron en él sus arquitectos un arte romano? ¿Y qué lugar ocupa este arte en la historia general de las ideas arquitectónicas? La cuestión es bastante necesaria al estudio que hacemos del carácter de la sociedad romana para que nos sea permitido detener en ella la atención (5).

El arte de los griegos tiene maravillosa sencillez y una lógica inexorable. Para ellos, la forma exterior del monumento está dada por el monumento mismo, como en el hombre, la envoltura depende de la osamenta general, que reproduce suavizándola con armoniosos contornos. El templo griego es un o: estructura y ornamentación se derivan de un mismo pensamiento. Así una idea de Platón proyecta como de sí misma la forma que la expresa.

Los romanos no son artistas de tan delicada naturaleza: aman la belleza y la emplean en obras de arte puro, en un templo, en un arco triunfal; pero sobre todo, la hacen servir para lo útil, y esta preocupación suele destruir la unidad del plan: muchos de sus edificios parecen haber tenido dos

(3) *Vir rusticitati proprior quam deliciis.* (Plinio, *Hist. nat.* XXXV,

4). Dos cosas disminuyen mucho el efecto del Panteón: á causa de la elevación del suelo circundante, resulta que se baja en vez de subir; y habiéndose caído el revestimiento de estuco ó mármol con que había cubierto el exterior de los muros, aparecían éstos en su desnudez dejando ver los pobres materiales de ladrillos de que están contruidos y que Agripa quiso ciertamente ocultar. En la obra titulada *Piante iconografiche di Roma anteriori al secolo XVI*, publicada en 1880 por M. Rossi, el Panteón se eleva cinco gradas por la portada y cuatro por el perímetro. Pero creo que este diseño es una restauración arbitraria del artista que la hizo á fines del siglo XV. Todos los planos del siglo XVI presentan la base del Panteón dominada por el suelo circundante.

(4) El templo de Marte Bisulcor construido por Augusto en el Capitolio para guardar los estandartes de Craso, era igualmente redondo, pero muy pequeño. Las excavaciones hechas desde 1861 en el jardín Farnesio del Palatino, donde se había ya encontrado á fines del siglo pasado la casa de Augusto, han puesto á descubierto las ruinas de los templos de Júpiter Vengador y Júpiter Sator, algunos sillares de los muros de la *Roma Quadrata*, y después la casa de Livia, cuyos muros están cubiertos de estuco y bellas pinturas. La casa de la emperatriz es en extremo pequeña y sencilla y justifica lo que dicen los historiadores sobre la modestia del príncipe.

(5) Hegel ha dicho en su *Estética*: «Hay pueblos absolutamente borrados de la tierra y de la historia, que sólo han dejado un monumento, pero este monumento nos permite penetrar hasta en los últimos pliegues de su pensamiento. En efecto, aunque no tuviéramos más que las Termas de Caracalla y el Coliseo de Tito, encontraríamos á lo menos la mitad del carácter de la sociedad romana del tiempo del imperio.»

arquitectos, uno que ha construído, otro que ha exornado; el primero que ha hecho el cuerpo del edificio, el segundo que ha aplicado la envoltura del arte.

Ricos, potentes y numerosos, los romanos quieren en su inmensa capital monumentos á medida de su imperio, vastos como él, á riesgo de no ser grandes; como él, imponentes por la masa mucho más que por las ideas que despiertan, y sobrecargados de adornos, como su literatura es un reflejo de la Grecia, como su elegancia un lujo prestado, arrebatado á Tarento y Siracusa, á los reyes de Macedonia, de Siria y de Egipto.

¿Qué era el mausoleo de Augusto? Un amontonamiento de tierra y piedras, de árboles y columnas en que se revelaban por todas partes el esfuerzo y una gracia rebuscada, como si el artista hubiera querido amoldar al gusto de los elegantes de Roma una pirámide de los Faraones. Y el Panteón de Agripa tan macizo y pesado, ese reto dirigido á todos los constructores del mundo (1), no vino á ser una poderosa obra de arte hasta el día en que la tomó Miguel Ángel para ponerla en la cúspide de San Pedro.

En la Hélade, era el templo la estrecha mansión de una divinidad, que presidía desde lo alto de su pedestal el culto que se le daba fuera del sagrado recinto, y el griego amante de la naturaleza tanto como del pensamiento, asociaba la grande artista á su obra. Coronaba con un monumento el cabo *Sunium* y llevaba el Partenón á lo alto de la Acrópolis, el templo de Apolo á las rocas del Parnaso, los de Agrigento y Selinonte á las colinas que servían de murallas á estas ciudades, á fin de que desde el fondo de su santuario pudieran los dioses abarcar con una mirada el puerto y todo el pueblo puestos bajo su protección. Si tenía que construir en llano, desembarazaba á lo menos el edificio y le daba, como en Pesto, la mar por horizonte, ó como en Olimpia risueños campos por cintura, grandes recuerdos por adornos y siempre bosques sagrados por vecindad.

El romano ama la tierra por los productos que da, el mar por el negocio que favorece, la colina por las fuentes que de ella manan, la montaña por la frescura que en ella encuentra; y no se cuida mucho ni poco de si el azar de las conveniencias políticas ó religiosas pone sus templos en sitios bajos, donde faltando aire y espacio, no se verá destacarse su masa en la luz que baña las altas cimas. Tiene nueve colinas que eran otros tantos pedestales naturales para los monumentos, y salvo el templo de Júpiter Capitolino que tuvo que erigir en la fortaleza del Capitolio, todos los acumula en el foro y en el Campo de Marte, dos antiguos pantanos. Estos templos se prometieron durante las batallas para ganar el favor de un dios; el dios tiene la mansión que se le prometiera y basta.

Mas para sí mismo, es más exigente el romano. Si es rico hará su villa ó casa de campo en un bello sitio de las colinas de Tibur ó de Túsculo, en la ladera de un risueño valle ó enfrente de aquel golfo de Nápoles que no cansa nunca la admiración. En su ciudad, necesita buen acomodo para sus negocios y placeres, y monumentos capaces de abrigar á las multitudes, porque su cielo suele ser inclemente, y de contener variados servicios porque son muchas sus necesidades.

Y construye pues: *Basílicas* con nave y lados bajos para los jueces, los abogados, los litigantes y los negociantes;

(1) En San Pablo de Londres, tiene la cúpula 34 metros de diámetro; en Santa Sofía, 35; en San Pedro y en la catedral de Florencia, 42; en el Panteón de Agripa, 43. La cúpula de los Inválidos de París no tiene más que 25, y el Panteón sólo 21.

Pórticos, donde el pueblo rey pueda pasear, á pesar del sol y de la lluvia, su ociosa realeza (2);

Bibliotecas y museos, porque tiene el gusto de las sociedades cultas y gusta del ingenio de los demás;

Palacios, deliciosas *villas*, que habitan sus emperadores, sus cónsules y sus libertos millonarios;

Circos para sus juegos, *teatros*, que son demasiado vastos cuando se representan obras de Terencio, y *anfiteatros*, que no lo son nunca bastante, porque encuentra en ellos el más grato de sus placeres, la caza del hombre (3);

Puertas monumentales para embellecer la entrada de la ciudad, y sólidas murallas para defenderla; cloacas que la sanean y acueductos que le traeran de la montaña el agua límpida y fresca que el Tíber le niega, hasta *túneles* para ir á solicitar las aguas al seno de las montañas;

Vías militares, *puentes*, por donde van fácilmente del centro á los extremos del imperio sus negociantes, sus soldados y sus órdenes;

Arcos triunfales, que reciben de regreso á sus ejércitos victoriosos, ó *columnas votivas*, que recuerden remotas expediciones;

Casernas para su ejército permanente y *diribitorias* para las distribuciones á un pueblo de mendigos;

Termas, en fin (4), donde se reúnen todos los refinamientos de la sociedad y de la molición oriental. A cada momento viene aquí la multitud á buscar en pilas de mármol y perfumadas salas agua y aire á todas las temperaturas. Después, bien frotado con aceite el cuerpo y bien flexibles los miembros, á pasear reposadamente, en medio de un pueblo de estatuas, por jardines refrescados por fuentes de salto, donde cada cual á su gusto puede ejercitarse en las palestras provistas de toda clase de juegos; á menos que no se prefiera leer bajo un pórtico ó en un ángulo solitario, ó escuchar en las salas académicas, adornadas con preciosos mosaicos, á retóricos que declaman, á filósofos que disputan, ó á poetas que solicitan para sus versos mancebos los fáciles aplausos de un auditorio indolente.

En las orillas del mar Egeo, los sentimientos más enérgicos, la religión y el patriotismo, se confunden para formar la inspiración del artista. Los romanos del imperio no miran tan alto: piden al arte que les haga la vida más dulce, no más noble. «Que otros, les dice su poeta, que otros hagan vivir al mármol y respirar al bronce; que su elocuencia establezca el derecho y su ciencia mida los astros; tu arte, pueblo romano, tu arte propio es gobernar el mundo imponiéndole la paz.» Y, añade Augusto, es también ordenar esta sociedad sumisa, darle justas leyes y asegurarle todas las comodidades de la existencia.

Los griegos crearon una arquitectura religiosa incompatible y la estatuaría de los dioses y de los héroes que hace palpable lo divino; establecieron los eternos principios de la belleza en materia de construcción, y por eso el arte griego será la fuente pura y sagrada. Los romanos tienen otro honor: ellos crearon la arquitectura civil y de utilidad pública; de modo que si estamos con los unos por lo que hay más elevado, por las ideas, estamos también con los

(2) En el Campo de Marte se podían andar hasta tres kilómetros bajo los pórticos, pasando de uno á otro.

(3) Aun bajo el imperio, no eran dados los griegos á los combates de animales fieros ni de gladiadores. Estos espectáculos repugnaban á su gusto propio para las artes, las letras y las ciencias. Sólo se han encontrado dos anfiteatros en toda el Asia Menor, y todavía en los términos de aquel continente, en Cícico y en Pérgamo, donde había muchos romanos.

(4) En tiempo de Constantino había quince termas en Roma. Las de Agripa detrás del Panteón ocupaban una superficie de 36,000 metros; las de Caracalla un espacio seis veces mayor.

otros por lo que hay más imperioso, por las necesidades. No hay quien no prefiriera ser griego, pero todos aceptamos con gusto que haya habido romanos.

Hemos visto la primera diferencia en el empleo del arte, y hay otras producidas por la naturaleza de los materiales de construcción.

Gracias al Pentélico, al Himeto, á Paros, los atenienses edificaban con mármol y trabajaban esta piedra con perfección tal y tanta, que al cabo de veintitrés siglos, es menester buscar y rebuscar mucho para encontrar las juntas de las columnas ó de las paredes: cada asiento es una obra de artista.

El suelo del Lacio, al contrario, condenaba al habitante de Roma á edificar con ladrillos consolidados con grava que un operario bastaba á poner, bajo una dirección inteligente. Pero el templo griego no podía elevarse sino en países cuyo suelo, como el de la Grecia, era de mármol ó de materia calcárea, fácil de trabajar. Los romanos no se detuvieron en ninguna parte en sus construcciones, porque donde quiera encontraban piedra para sus revestimientos, ó á lo menos, morrillo para la ligazón, guijarros para la grava, tierra para los ladrillos, cal para su indestructible cemento y brazos para mover todo esto. De aquí resultó al principio que con materiales de un empleo tan fácil, y sin embargo tan resistentes, nada les impidió dar á sus monumentos proporciones colosales, que no son siempre condiciones de belleza, pero de que el artista puede obtener poderosos efectos.

Así el grande encanto de la campaña romana está sobre todo en aquellos inmensos acueductos, que descendiendo de las colinas de Tívoli y de Albano atraviesan con tanta gracia y majestad la llanura latina. Alguna sala medio hundida de las termas de Caracalla tiene en su desnudez una imponente grandeza, y el Coliseo, hecho de ladrillos y piedra tiburtina, ha producido en mí una impresión más profunda que las pirámides de Ghizeh.

Tal pueblo, tal arte: la dominación de Roma se conoce en esas vías que van rectas, como su voluntad, sin desviarse para evitar un obstáculo (1); y en esas construcciones macizas y hasta á decir iba sin gracia, que muestran tanta fuerza, se elevan tanto, y tanto pesan en el suelo que las sostiene.

Prestándose á todas las necesidades de la vida civil, la arquitectura de los romanos se extendió como su lengua, sus leyes y sus costumbres por todo el Occidente, donde dejó como ellas imperecederas huellas; y cuando se encontró un príncipe liberal, una ciudad y ciudadanos bastante ricos para reemplazar el ladrillo por la piedra, ó para embellecer el edificio con mármoles preciosos, las ruinas de sus monumentos han rivalizado con las más imponentes y bellas que ha habido en el mundo.

Esta naturaleza de los materiales permitió á los romanos añadir al arte griego nuevos elementos, el arco de la bóveda que tomaron de los etruscos. Los griegos conocían la bóveda, que se encuentra en Oriente en los tiempos más

(1) Así estas vías, cuyo *agger* ó calzada era una verdadera construcción de un metro de espesor por término medio, solían tener pendientes de 0,15 á 0,20 por metro y terraplenes á través de los pantanos, que se elevaban en algunos puntos á 12 metros en 20 kilómetros de trayecto, como en una parte de la vía Apia hecha por Trajano, con puentecillos para el curso de las aguas, viaductos para salvar los valles y túneles bajo las montañas, como el de Furlo que Vespasiano hizo en el Apenino para la vía Flaminia. En Francia solamente hemos abierto en 25 años 440 túneles de una longitud de 192,921 metros; pero nosotros poseemos poderosos medios de ataque, y los romanos no conocían la pólvora ni la dinamita, ni las máquinas perforantes, ni más instrumentos que su pico y su azadón.

remotos, como por ejemplo en Nínive y Egipto; pero prescindieron de ella porque hubiera turbado sus combinaciones á la vez tan sencillas y tan bellas, de superficies y líneas verticales y horizontales; y acaso también porque la bóveda exige poderosos estribos ó machones, macizos inertes que emplean, inútilmente para el arte, mucha fuerza, mucho espacio y no pocos materiales (2). El griego es económico, no á la manera del romano de los antiguos tiempos, que hacía cuentas hasta con sus dioses, sino como artista que sabe que la naturaleza no gasta nunca más fuerza que la necesaria, y que el arte, como la naturaleza, debe procurar producir grandes efectos con pequeños esfuerzos.

El arco y la bóveda añadidos á la plata-banda y á la columna, dieron lugar á nuevas combinaciones: el arco de medio punto y el arco rectilíneo agudo, de que la Edad media occidental hizo el romano y la ojiva; la cúpula, que vino á ser en Oriente el carácter particular de la arquitectura bizantina y árabe.

El pillaje del mundo permitió á Roma prodigar en sus edificios del Foro y del Campo de Marte los mármoles más raros y se explotaron para ello todas las canteras marmóreas del imperio, de que se ha encontrado en el camino de Ostia un depósito preciosos; pero los particulares, las ciudades provinciales y Roma misma, edificaron con frecuencia con piedra y ladrillo. Para ocultar con materiales de lujo las masas sombrías, las pesadas esquinas de los materiales útiles, se reunieron todos los elementos decorativos que la Grecia y los etruscos habían encontrado, se imaginaron otros y se emplearon todos con profusión. De aquí tantas columnas y tantos entablamentos, arcos, arquitebas, aun en los puntos en que formaban un contrasentido con la construcción; tantos mármoles preciosos aplicados á los muros, artesones hábilmente vaciados, estucados con pinturas, esculturas y ornamentos de metal, de marfil cincelado, de nácar, de perlas y hasta de piedras preciosas; todos esos mosaicos, en fin, que pueden ser un gran trabajo, pero nunca un gran arte.

En tiempo de la república, el dórico dominaba en los templos; pero se encontró muy severo; el jónico, con sus ligeras volutas pareció muy delicado, y en tiempo de Augusto, adoptaron aquellos advenedizos del arte la abundosa riqueza del corintio. «No has podido hacer bella á tu Venus, se decía á un mal discípulo de Fidias, y la has hecho rica.» Es el sistema que los italianos han conservado para muchas de sus iglesias, y que, según parece, conviene aun al lujo administrativo de nuestras grandes salas y á las vanidosas necesidades de nuestra escasa fortuna.

Así los romanos echaban sobre sus monumentos de ladrillos ó de piedras un espléndido vestido, ropaje flotante que no siempre seguía los movimientos del cuerpo. Al Panteón, donde todas las líneas son curvas y todas las superficies cóncavas, aplicó Agripa un pórtico rectilíneo que no puede formar cuerpo con el edificio y que estriba en columnas corintias de una sola pieza. Esto es rico y poderoso, pero es una adición inconveniente, que en cualquier parte podía tener su sitio ó acomodo menos allí.

Esta tendencia de los romanos á separar la construcción de la ornamentación tuvo desastrosas consecuencias. Condenado á una existencia subordinada, el arte degeneró en oficio, hasta que desapareció, después de un período de languidez. A fines del siglo de los Antoninos, se busca ya

(2) El pequeño monumento de Lisistrato, en Atenas, está cubierto de bóveda. El templo de Esculapio en Epidauró, la rotunda de Epiménides en Esparta y el Pritaneo de Atenas eran también edificios circulares; pero la bóveda es una excepción en la arquitectura griega.

y rara vez se encuentra; más tarde no quedan ya más que constructores capaces de remover enormes piedras y aun de elevarlas audazmente á grande altura; pero inhábiles para ornamentar. La ciencia subsiste porque es trasmisible, y cuando está sostenida por el sentimiento religioso, llega aun á producir grandes efectos; el arte que es personal y de índole delicada, no sobrevivió á la barbarie de las costumbres, ni volvió á la vida sino al soplo del renacimiento, que hizo salir á la antigüedad de su sepulcro. Desde aquella época en que floreció un arte encantador, demasiado pronto abandonado, la arquitectura romana encontró condiciones sociales favorables, y ha dominado hasta ahora en nuestras construcciones cosmopolitas.

Ahora es fácil contestar á la pregunta que hacíamos al principio. Los romanos no fueron artistas creadores. Sin embargo, componiendo de elementos extraños un arte que llevaron desde la Petra de los Nabateos hasta la *Lutetia Parisiorum*, de donde procede por generación natural una parte del arte cristiano y del arte musulmán; que reina entre nosotros por su aplicación fácil á nuestras necesidades y á nuestros gustos; que, en fin, á falta de belleza perfecta, expresa grandeza y poder, sus arquitectos han merecido figurar al lado de sus escritores y legistas. Las leyes, las letras y los monumentos de Roma son en verdad el legado de un gran imperio.

Y con todo eso, la herencia de Roma no es la de una sociedad que haya aspirado á ese ideal, cuya sola pretensión honra para siempre á los que lo intentaran. En efecto, si consideramos aquella sociedad en el conjunto de su vida intelectual, es preciso reconocer que quedó sin filosofía ni ciencia, aunque hubiera llegado después del magnífico desenvolvimiento de las ciencias y de la filosofía en el mundo helénico; que no habría tenido arte, si los griegos no le hubieran traído sus mármoles, sus cuadros, sus estatuas con los restos de su genio; que su literatura, brillante y todo, como era, carecía de inspiración creadora; que sus fiestas eran las obscenidades de los mimos ó los sangrientos juegos del anfiteatro; en fin, que su religión fué menos un acto de adoración y gratitud que una especie de violencia ó

coacción ejercida sobre los dioses para granjearse sus favores.

Entonces, á pesar de Virgilio, de Horacio, y los constructores de la Roma marmórea de Augusto, la gravedad romana parece pesadez; aquel genio práctico, inclinado en todo hacia lo útil, aparece como retenido por su propio peso en las regiones medias del pensamiento, de donde no brotan los relámpagos que iluminan el mundo; y en la historia general de la civilización, aquel pueblo desciende del primero al segundo lugar de las naciones, pero desciende llevando en sus manos, como Moisés, una gran cosa, las tablas de la ley.

Es un honor imperecedero para los romanos haber fundado la ley civil, como los judíos escribieron la ley religiosa, y los griegos la del pensamiento y del arte (1). Pero nosotros que queremos ser á la vez, y somos, en efecto, los herederos de Roma, de Jerusalén y de Atenas, no olvidamos la lección que resulta para nosotros de este estudio del genio romano en la mejor época de su historia, y en virtud de este memorable ejemplo reconocemos cuánto puede hacer perder al genio de un pueblo de recursos y de arranque el abandono de las altas especulaciones teóricas que la multitud llama inútiles vaciedades.

Otro grande imperio, cuyos jefes compartieron en cierto momento el mundo con los Césares de Roma, la China, ofrece en su historia el mismo gusto para las aplicaciones y el mismo desdén para la ciencia pura. Los dos fueron castigados por la civilización misma que los atajó en su camino; mientras de aquel rincón de tierra del Atica, apenas visible entre los dos colosales, partió el movimiento del mundo.

Sin embargo, si el siglo de Augusto no vale por la originalidad y el poder del talento, tanto como el de Pericles, ni aun por el arte y la audacia del pensamiento, lo que el del renacimiento; si el siglo de Luis XIV es más completo, y en ciertos géneros, superior, no por eso dejó de ser aquel tiempo una de esas brillantes épocas de la humanidad en cuyo seno quisiera uno recogerse para huir de los cuidados de la vejez y de las angustias patrióticas.

CAPÍTULO LXXI

LA OBRA DE AUGUSTO Y EL CARÁCTER DEL NUEVO IMPERIO

I. — AUGUSTO HACE UNA REVOLUCIÓN INEVITABLE, PERO NO LA ORGANIZA.

Los años que siguieron á la victoria de Accio fueron la época crítica del mundo antiguo. De la dirección que la sociedad romana iba á tomar dependía el porvenir de innumerables generaciones. ¿Irá hacia el Oriente para volver al régimen de las monarquías asiáticas, ó hacia el Occidente para tomar otra vez las instituciones federales y libres de los pueblos griegos, italianos y galos? ¿Permanecerá la ciudad conquistadora, soberana y privilegiada bajo el nuevo régimen ó se va á formar un grande Estado, cuyas partes sean solidarias y en cuyo seno se prepare en paz el advenimiento de las naciones modernas?

He aquí el problema que se imponía al fundador del imperio, á menos que no prefiriera, como un ambicioso vulgar, someterse á los acontecimientos y seguirlos con egoísta docilidad, á la vez que explotándolos en su provecho.

Hemos visto en los capítulos precedentes la obra de Augusto, y por el cuidado que tuvo de redactar las Memorias de su vida, cuyo resumen se grabó en las paredes de los templos, debe creerse que contaba con la pública gratitud.

Bien merecía esta gratitud por parte de sus contemporáneos, porque fué una gran cosa haber dado á aquel perturbado mundo una paz semi-secular; pero ¿la merecía de la posteridad en el mismo grado?

Hase enaltecido y rebajado alternativamente el mérito de este personaje, pasando en uno y otro sentido los términos de la justa medida. Su larga prosperidad no depende de felices casualidades, como quiera que la fortuna no sirve sino á los que saben encadenarla; y estos son de dos clases:

(1) Los órdenes griegos y el *ádon* de Policeto fueron las leyes de la arquitectura y de la estatuaria, como el *Organón* de Aristóteles fué hasta Bacon y Descartes la regla que dirigió la razón humana en la investigación y exposición de la verdad.